



HARAVI

Año XXXVII

Lima, enero del 2,000

Nº 129

Director: Francisco Carrillo Bolivia 174 Chosica - Perú. Editor: Víctor Mazzi

Giovanna Pollarolo

Peregrinos en el desierto

Nunca se sabe qué nos deparan los caminos del Señor.
Quién sabe si fue su mano la que nos condujo al desierto
ese desierto marcado en un tiempo remoto
por quién sabe quiénes
para qué, por qué.
¿Por qué, me pregunto, esas líneas que forman extraños dibujos
no se dejan borrar por el viento?
Y el viento sopla fuerte
tan fuerte que borra la huella de mi zapato
en cuanto doy el siguiente paso.
Así nuestros veinte años.
Los tuyos por tu cuenta
los míos de mi cuenta
y las pocas y brevisimas líneas
que temerosos como gatos
trazamos algunas noches, algunas veces
a hurtadillas
sin saber por qué ni para qué.

Llegamos aquí
como dos peregrinos
que lloraron por las noches
atravesaron espesuras
cruzaron solitarios
los mismos ríos y montañas.
Como dos peregrinos
en busca del santuario sin nombre
un manantial, la virgen en la roca
el lugar donde detenerse y olvidar.
Y cansados pero serenos
libres ya de toda atadura
nos descubrimos contemplando
estas viejas líneas
como dos gitanos
que leen en las palmas de las manos
el pasado y el futuro.
¿Eras tú a quién buscaba?
¿Era yo la que buscabas?
Nos reconocimos iguales:
el mismo barro del camino
las llagas en los pies
los ojos que ven mal
la piel ya no tan suave.
Y nuestros corazones partidos.

Ni tú ni yo quisimos hablar
*¡Ah quanto a dir qual era e cosa dura
Esta selva selvaggia e aspra e forte
Che nel pensier rinova la paura!*
Pavor tan amargo.
No quisimos llorar:
lo que quedaba de nuestros corazones
seguía latiendo
como los corazones de los enamorados.

No fue en el quinto

Y debió haber sido
cuando ella dice

Amor condusse noi ad una morte

O cuando él

Ma dimmi

en el tiempo de los dulces suspiros

cómo nació el deseo

¿Quién miró a los ojos? ¿Quién tomó la mano del otro y aproximó sus
labios?

Amor prohibido.

Ella habla, él llora. O ella llora y él habla.

Da igual: ya los dos son uno

Y así el infierno es menos infierno.

NO ES INFIERNO

En alguno de esos versos pudo ocurrir
pero no.

La imagen, la punzada

mi corazón atravesado lado a lado

- si hasta temí que saliera sangre y manchara mi camisa -
ocurrió en el sexto

lodazal de los golosos

las aguas turbias, la grasa en el pelo y en las barbas

el olor pútrido

los gusanos

Cerberó arrancando a dentelladas pedazos de piel

tragando tierra mezclada con heces

mientras el gordo lamentaba su incontinencia.

Fue entonces cuando nos vi.

A tí y a mí.

Tú y yo dormíamos en la misma cama

una noche de invierno:

tengo frío, mis pies buscan tus pies.

¡Qué juntos hemos debido estar para que yo busque tus pies!

Pudimos ser uno, Paolo y Francesca en el mismo infierno.

Pero no.

Pasado el tiempo de los dulces suspiros

cada uno vive uno diferente.

Mi infierno es este lodazal del que no puedo salir. El tuyo,

viento que no te permite reposo.

Tus pies con mis pies.

¿Has visto alguna vez una bandada de estorninos?

Una gaviota seguía a la otra
se iban posando en la orilla sobre la arena recién mojada por la última ola.
Esperaban un pez, un cangrejo, quién sabe.

¿Has visto alguna vez una bandada de estorninos?

No, nunca.

Yo tampoco, pero me han contado. ¿Quieres que te cuente?

Si quieres, cuéntame.

Mirábamos el mar. Era verano.

Son aves pequeñas, frágiles y leves. Tan leves
que el viento cuando sopla
así sea suave, así sea brisa
les impone su dirección y velocidad.

Los estorninos van donde los lleva el viento, siempre.

¿Nunca pelean? ¿No van a contracorriente alguna vez?, preguntó.

No. Saben que es inútil y se entregan con gozo.

Eso te lo has inventado, dijo.

A algún lugar querrán ir alguna vez de su propia cuenta
no siempre el viento estará a su favor.

A los estorninos no les importa mañana ni pasado, expliqué
no saben de puertos, nido ni destinos

sólo saben ir donde los lleva el viento. ¿A santo de qué van a pelear?

A veces, una tormenta los atrapa, los golpea.

Muros, árboles, montañas.

Pero saben que es sólo un mal viento

y como nada pueden hacer

- tampoco quieren -

se dejan estar

esperando que pase el mal rato.

Lo miré: miraba el mar.

¿Te gustan los estorninos?

Pero él no me escuchó

atento a las gaviotas que abandonaron la orilla
sin razón alguna. Simplemente se fueron.

Una ola inmensa reventó
cuando ya todas habían alzado el vuelo.

El viento empezó a soplar. Pronto, en la noche,
él también se iría. Como un estornino.



Hotel sin estrellas

Entré con la cabeza gacha ¿por qué aquí y no en las Bahamas, en París o en La Boca del Río?

En la recepción nos exigieron nuestra identidad: nombre y apellido, libreta electoral, profesión, estado civil. La mujer nos miraba y escribía impasible. Como si no supiera, pero sabiendo. Mi rubor adolescente no hacía juego con mi edad: cuando me di cuenta me ruboricé aún más. ¿Le importaba? Habrá visto tanto, pensé. Tantas parejas disparejas, tantas edades incompatibles, tantos amores prohibidos. En el reino de la clandestinidad todo es posible. Un jefe con su secretaria, una hija con el compañero de clase del padre, una madre con el mejor amigo del hijo; dos hombres, ~~dos~~ mujeres. Adúlteros de todo tipo.

Un estrecho corredor, unas escaleras, nos condujeron a la habitación 17.

El cuarto era oscuro y estrecho; una pequeña ventana cubierta con cortinas floreadas daba a un patio rectangular. Eran las cinco de la tarde de un lunes de invierno. ¿Por qué aquí y no en las Bahamas, en París o en La Boca del Río?

Hubiera querido salir corriendo, postrarme ante la imagen de Cristo crucificado, recibir la absolución del cura de la parroquia.

Como el río Sama cuando no llueve en la sierra.

Pero nada perturbó su afán. Ni mi cara, ni la cama estrecha, ni las sábanas corrientes, ni el olor a desinfectante de un inodoro que goteaba. Para llegar al paraíso, me dijo, es preciso recorrer callejones oscuros, agachar la cabeza, tener miedo, sufrir de rubores y sofocos. Pensé en los peregrinos que recorren de rodillas el último trecho que los separa del Santuario y cuando llegan ante Ella olvidan la sangre y las heridas, el sudor, la tierra y los ruidos. Oyen una música celestial mientras la contemplan rodeada de estrellas.

Yo no vi brillar ninguna. Pero cuando abrí los ojos, el reflejo intermitente del aviso luminoso ya encendido me hizo saber que la noche había llegado.

Tenía la forma de una estrella.



DEZIEMBRE CAPACINTIPAIMI



lagran pas ura
so le re del sol

en pa c

Parafraseando (de mala manera) a don Pedro Salinas

Cuando por acá y por allá te anduve esperando
al principio ¡que sencillo!

Sólo esperaba
sentada en bancas de iglesias y plazas
sin preguntar, sin indagar
a la salida de las tiendas, de los cines
en cafés, en restaurantes
verte aparecer de pronto
inesperadamente descubrimos
tú entrando, yo saliendo
yo caminando distraída
tú contemplando la noche
de golpe: tus ojos y mis ojos.

En esta ciudad o en cualquier otra
DEBÍA SUCEDER ASÍ

sin luchas, sin afanes
apenas unos cuantos *bordes de fracaso*.

Felicidad de felicidades
¡mira que yo pude haber doblado la esquina!
Estar allá en lugar de acá.

Y ahora, aquí está frente a mí. Diré, dirás.
El azar es pariente del amor.

*¿Nos buscamos o busca
sólo mi soledad?
No fui capaz de esperar.
Nubes y nubes llegan
creciendo obscuridad
empecé a buscarte
preguntándome incierta
¿será hoy, mañana, nunca?
¿Seré yo la que lo encuentre,
o él me encontrará?
Jadeante, entre tinieblas
encomendándome al destino, negándole razón al azar
desistí:
llamé por teléfono, escribí cartas,
te cité en parques, plazas y hoteles
esperándote al doblar una esquina
abriendo un diario o una revista
en bares, hoteles y fiestas.*



*Lo azul, allí radiante,
estaba, ya no está.*

Cansada, cansada de tantos afanes
te dejé morir
como a un amor que ha dejado de soñarse.

G.P. Nació en Tacna. Ha publicado los poemarios *Huerto de los olivos* (1986), *Entre mujeres solas* (1991, 1995); *La ceremonia del adiós* (1997) y recientemente *Atado de nervios*, su primer libro de relatos.

Depósito legal 99-1637. Ley 26905